
RITOS DE NOVIAZGO ENTRE LOS GUIDAR, SOCIEDAD TRADICIONAL DEL NORTE DEL CAMERÚN

PATRICK TOUMBA HAMAN

MINISTÈRE DES ENSEIGNEMENTS SECONDAIRES - YAOUNDÉ

Camerún es un país del África central que tiene 16 millones de habitantes, repartidos sobre una superficie aproximada de 474.482 km². Se trata de uno de los países del mundo en el que más lenguas se hablan: casi doscientas cincuenta. Ello da idea de la riquísima diversidad demográfica y cultural que atesora.

Los pobladores de etnia guidar (a la que yo pertenezco) se hallan establecidos en la provincia del Norte de Camerún, principalmente en el departamento (circunscripción administrativa) del Mayo-Louti, en la que viven desde muy antiguo. También, existe una parte de este pueblo establecida en el este del Mayo Kebbi, en Chad. En efecto, las investigaciones de tipo histórico, lingüístico, arqueológico y antropológico han permitido reconstruir el itinerario seguido por esta etnia para explicar el sitio que ocupa actualmente. El punto de partida sería Egipto. Con la decadencia del Egipto faraónico, en los primeros siglos de la era cristiana, este pueblo habría emigrado hacia el Sudán occidental, las orillas del Lago Chad y los Montes Mandara, hasta llegar adonde se encuentra actualmente. Sus habitantes se hallan repartidos por una superficie de 4.200 km².

Su número asciende a casi 250.000, establecidos en una treintena de pueblos, entre los que se cuentan: Balia, Bang, Batao, Bidzar, Biou, Boudva, Dahal, Debelzé, Djougui, Douva, Gniwa, Golomo, Kéreng, Kerguen, Kola, Kong-Kong, Koussoun, Lam, Libé, Mariaria, Matafal, Mayel Dafan, Mayel Ndjidah, Mayo-Loué, Mokorvong, Mousgoy, Nioua, Ouro-Tara, Sorawell,... Territorios que se sitúan entre los 10° de latitud norte y los 14° de longitud este.

Su lengua recibe la denominación de guidar, y pertenece a la familia de lenguas chádicas (de Chad), que se hablan en zonas del Chad, de Nigeria y del norte de Camerún.

La religión y las creencias de los guidar son un tanto especiales y fuertemente sincréticas, como sucede en la mayoría de los pueblos africanos. Los guidar opusieron gran resistencia a la penetración de los conquistadores musulmanes que fue impulsada desde el oeste por Usmán

Dan Fodio. Es por eso que los musulmanes dieron a mi pueblo el nombre de *Kirdi*, que significa «oponentes». Pero también se resistieron con determinación a la ocupación de los franceses en la década de 1920, bajo la guía de Toumba Modomdoko, una de las figuras señeras de nuestra historia.

En cualquier caso, el catolicismo acabó echando raíces entre nosotros, y la mayoría de los guindar de hoy lo consideran como su religión. Aunque, lógicamente, siguen practicándose muchas creencias y ritos heredados de los antepasados. Por ejemplo, cada año, cuando se acerca la época de la siembra de los campos, un grupo de ancianos conocedores de determinados cultos secretos se encargan de implorar la protección de los dioses de la montaña de Lam, con el fin de que concedan la lluvia y de que la cosecha sea abundante. Cuando llega la recolección, se celebra también una fiesta anual de agradecimiento a los dioses por haber alejado la sequía y el hambre.

Por otro lado, y pese a la condena de la Iglesia católica, entre los guindar ha estado vigente y sigue absolutamente vigente la poligamia. La sociedad guindar es una sociedad patrilineal, y la autoridad masculina sigue siendo la prioritaria. Es el hombre quien toma las decisiones en el hogar. No es raro que un varón tenga veinticinco, treinta hijos, o más. Todavía hoy, tener varias mujeres constituye una ventaja desde el punto de vista económico. Cada mujer vive en una casa, y se establecen turnos para dormir con el esposo. La comida la hace aquélla a quien corresponde el turno, y se establece una cierta competencia por cocinar mejor para el esposo. Por otro lado, las mujeres labran los campos del marido (tanto los de mijo como los de algodón), lo que aumenta la riqueza de toda la familia y aleja el peligro del hambre. Las familias son tanto más importantes y prestigiosas cuanto mayor precio obtienen por la venta de su algodón.

La pervivencia y la identidad de la etnia guindar tienen mucho que ver con sus costumbres relacionadas con la vida y con la muerte, en particular con determinados ritos de paso. Esenciales son las ceremonias de bautismo, de circuncisión, de noviazgo, de boda, de viudedad, de luto... Y también las costumbres relacionadas con la recolección agrícola, con los hermanos gemelos... En este artículo, centraré mi atención en cómo se desarrollaban y se desarrollan los noviazgos.

Nuestros ancestros tenían una práctica de conquista de la mujer muy curiosa. Yo jamás he asistido a ella personalmente, ni he conocido a ninguna persona que estuviera implicada en ello, pero sí he oído relatos que cuentan que se hacía así hasta hace algún tiempo. Los abuelos

cuentan que lo hacían sus abuelos. Es decir, que lo que se describe como rito del pasado puede que sea, en realidad, un mito.

En una etapa preliminar, el joven debía demostrar su virilidad. Y, para ello, tenía la obligación de raptar a la esposa de otro hombre, siempre y cuando aquella mujer hubiera dado ya a luz por lo menos a un niño. Eso garantizaba que podría ser madre de nuevo.

Los guidar han tenido siempre fama de buenos seductores. La mujer elegida debía ser de algún pueblo bastante alejado. El joven entraba en contacto con ella, le regalaba alguna joya, y ponía a prueba todas sus dotes de seductor. El galanteo era peligroso y había de hacerse a escondidas, de noche, sin que se enterase ni el esposo ni nadie. Después de acordar con la joven la fecha, la hora y las circunstancias del rapto, éste era puesto en ejecución. Los amigos y compañeros del pretendiente estaban presentes y vigilantes, dispuestos a ayudar en cualquier eventualidad.

Tras conducir a la joven a su nuevo pueblo, el muchacho debía presentarse ante la familia de ella y entregarles un plato en el que había un gran gallo cocinado (símbolo de energía vital y erótica), para anunciar su acto y justificar la desaparición de la muchacha. La familia no podía mostrar, en principio, su oposición, porque se trataba de una costumbre tradicional, pero hacía llamar al marido desposeído. El joven raptor debía esperar a que se presentase éste para restituirle la dote de la mujer e indemnizarle por cualquier gasto adicional que él hubiera tenido por causa de la mujer. Aunque el conflicto solía quedar resuelto de ese modo, cabía la posibilidad de que el marido no aceptase el trato económico y reclamase a su mujer, en cuyo caso ésta le era restituida.

La mujer raptada se quedaba a vivir, discretamente, con el raptor, en la casa de él. Cuando se quedaba embarazada y nacía su primer descendiente, éste pertenecía a ella y al raptor. La mujer no regresaba a su primer pueblo, y a partir del nacimiento de su hijo adquiría el estatus privilegiado de primera mujer del varón. Los niños que tal mujer había tenido en su matrimonio anterior debían quedarse con su padre, porque entre los guidar la línea de linaje es patrilineal y ningún hombre acepta que sus hijos vivan en la casa de un hombre que ha sido rival. El nuevo descendiente nacido del hombre raptor y la mujer raptada era considerado el fruto feliz de una auténtica hazaña, sobre todo si era hijo varón.

De este modo se consideraba probada y garantizada la virilidad del joven, y éste podía aspirar, ya, a galantear a alguna otra u otras mujeres, y

a aumentar el número de sus esposas. De esta costumbre sólo quedan ya lejanos recuerdos.

Existe otra modalidad de noviazgo que no ha terminado de desaparecer, aunque está en muy rápida decadencia. Es aquella en que el establecimiento de relaciones comenzaba en el mismo momento en que nacía la mujer. Es una modalidad llena de elementos rituales sumamente interesantes, tendentes a reforzar el compromiso del muchacho en relación con la que está destinada a ser su esposa.

En la sociedad guindar la mujer estaba considerada como una riqueza, como una joya, como un sujeto absolutamente precioso, y, desde que llegaba al mundo, le era asignado su futuro marido, que era ya un joven crecido o bien un hombre maduro. De modo que la diferencia de edad habitual entre la niña que nacía y el joven o el hombre que habría de ser su esposo se situaba entre los doce y los treinta y cinco años.

El hombre joven tenía la obligación de ponerse de acuerdo con la familia de la que iba a ser su esposa, antes incluso del nacimiento de ésta. Debía ser una familia con la que nunca debía haber habido desavenencias. Cuando nacía la que iba a ser su esposa, el hombre se presentaba inmediatamente, se ponía al servicio de la que quería que fuese su familia política, les llevaba leña repetidas veces, para que su suegra recién parida se calentase y para que las heridas del parto cicatrizasen pronto. A veces llevaba también carne de buey, para preparar con ella una sopa que comería su suegra de manera exclusiva. A partir de ese momento se consideraba en vigor el compromiso matrimonial.

Más adelante, cuando la muchacha alcanzaba los ocho o los nueve años de edad, la familia que la pretendía para su hijo enviaba un mensajero a la familia de la niña, para que formulase la petición de matrimonio de forma oral. Esa petición solía acompañarse de un regalo simbólico: harina, sal, una cabra. El mensajero iba temprano por la mañana a la casa familiar de la muchacha. Allí era recibido por el padre, quien llamaba a la muchacha y le preguntaba varias veces, en presencia del mensajero, si amaba y si aceptaba a su futuro esposo. En cualquier caso, aunque ese grado de compromiso era ya mayor, tampoco se consideraba irrevocable. Si alguna de las partes deseaba romperlo, no había graves obstáculos para ello.

La joven seguía creciendo, y los encuentros entre las dos familias iban produciéndose con la única condición de que jamás se vieran a solas el joven y la muchacha. Algún tiempo después, el padre del joven, o alguna otra persona de la familia -un tío, preferentemente, puesto que los tíos paternos y maternos tienen gran autoridad, tanto para aconsejar como

para maldecir- se presentaban en casa de la familia de la muchacha, portando los regalos del tabaco y de la sal, con el fin de reiterar el interés del joven en concretar su compromiso y en seguir adelante con el proyecto de boda. A partir de ese momento, y durante por lo menos un año, el joven y sus amigos quedaban obligados a realizar determinadas actividades para sus suegros: construir casas para ellos, labrar el campo de la suegra, recolectar el mijo del suegro. Todas estas labores eran consideradas pruebas de que el joven iba a ser capaz de cuidar bien de su mujer más adelante, y se desarrollaban bajo la mirada de la joven y, a veces, de sus amigas y compañeras.

Mientras se realizaban aquellas actividades, la adolescente traía un plato especial, que ella misma cocinaba, y se lo ofrecía a su futuro esposo. Se trataba de legumbres de las que eran habituales en el pueblo: *bebesserék*, *zenguelí* o *zezáy*. Aquel ofrecimiento era una señal muy importante, que confirmaba que aquel joven era el favorito de la muchacha.

Sobre las comidas y sus tabúes, es conveniente hacer un inciso. Entre los guidar hay varias tribus, círculo familiar extenso cuya cohesión se demuestra en los ritos de tránsito y las fiestas, en los conflictos y guerras, etc. Cada tribu suele habitar en un pueblo, hablar un cierto dialecto y cumplir tabúes alimenticios diferentes. Por ejemplo, en mi tribu, que es la de los 'Mebansá, tenemos prohibido comer carne de gato. Se cree que quien rompe ese tabú caerá enfermo y no tardará en morir, o que sus hijos se parecerán a los gatos.

Unos meses antes de la boda, cuando la joven tenía unos trece o catorce años, el padre del joven, o su mejor amigo, llevaban la dote a la casa de la novia. Aunque su contenido podía variar de una familia a otra, solía consistir en vestidos para la futura esposa, pero también para su madre, para sus tíos y para sus tías.

Si la dote satisfacía a los padres de la muchacha, ésta era ya entregada para el casamiento. La muchacha tenía, para entonces, no más de quince años, y el hombre entre veinticinco y cuarenta y cinco.

Este tipo de ritos, que fueron muy tradicionales, está sujeto, hoy, a muchos cambios y transformaciones. En primer lugar, porque la concertación del matrimonio casi nunca se hace, ya, cuando nace la mujer, sino en una etapa más avanzada de su vida. Por lo general, en torno o un poco antes de su décimo cumpleaños. Por otro lado, los guidar viven en pueblos mixtos, con personas de otras etnias, y esa mezcla, más la presión de la modernidad y de la globalización (y la influencia de la Iglesia) que van cobrando auge desde la época de la independencia, están

provocando serias alteraciones de las costumbres tradicionales. Cada vez hay más matrimonios mixtos, con personas de otras etnias e incluso de otras religiones; los jóvenes que viven o que han vivido en alguna ciudad suelen casarse por la Iglesia, de acuerdo con unas prácticas similares a las que rigen en cualquier país occidental; cada cual prefiere casarse con personas de una edad próxima a la suya; bastantes jóvenes reciben ya una formación de tipo occidental, que entra en colisión con las costumbres tradicionales; los jóvenes tienden, cada vez más, a diferenciarse y a rechazar la cultura de sus mayores. Por todo ello, este modelo de noviazgo y de matrimonio tradicionales que hemos descrito está perdiendo vigencia muy rápidamente.

Existe, en cualquier caso, una modalidad de matrimonio parcialmente relacionada con ésta que sigue perviviendo. En ocasiones, sobre todo cuando se aproxima el momento de las faenas del campo, hay jóvenes que raptan a muchachas a las que han estado galanteando a escondidas. Después del rapto se presentan ante la familia de ella para explicar su desaparición. Los jóvenes conviven durante la época de la recolección, y después de ésta vuelve el hombre a presentarse ante la familia de ella para entregar la dote.